

Orientaciones

Frédéric Lordon

Traducción de Luis Alfonso Paláu C.

Prólogo

En realidad, es simple. Ahora sabemos indudablemente que la manera como hemos vivido –la manera capitalista– conduce al desastre general. Por consiguiente, debemos cambiarla. Enteramente.

1.

Sin duda que se requería la catástrofe para cerrar el largo paréntesis de la prehistoria, la del desarrollo material. La desgracia habrá valido la pena si nos hace entrar por fin en la historia, la del desarrollo humano. La vida común tiene pues que ser reconstruida por completo.

Los individuos que reinaron durante la prehistoria continuarán siendo ciudadanos. Los miraremos como curiosidades, apreciaremos sus transformaciones. Les impediremos firmemente a los recalcitrantes que hagan daño. Porque lo que tenemos que hacer es todo lo opuesto de lo que ellos impusieron todo el tiempo.

Si las sociedades de la prehistoria hicieron del desarrollo de las acumulaciones monetarias su único horizonte, por ello mismo se hicieron acreedoras de la más terrible acusación. Una sociedad humana jerarquiza sus prioridades de una manera completamente distinta, siguiendo un orden lógico para la razón, incluso si, por supuesto, todo es solidario y, en la práctica, se presenta como un solo conjunto.

2.

En primer término, tenemos las exigencias de la conservación de la vida. Para estar bien hay que vivir bien.

Lo que exige que el sistema general de salud esté en lo alto en el orden lógico. Por sistema de salud, no se entenderá solamente las instituciones de cuidados médicos, sino el conjunto de las prácticas que concurren al mantenimiento y al bienestar de los cuerpos. Estas prácticas suponen la difusión por medio de la educación, el compartir las experiencias, y el tiempo necesario para realizarlos.

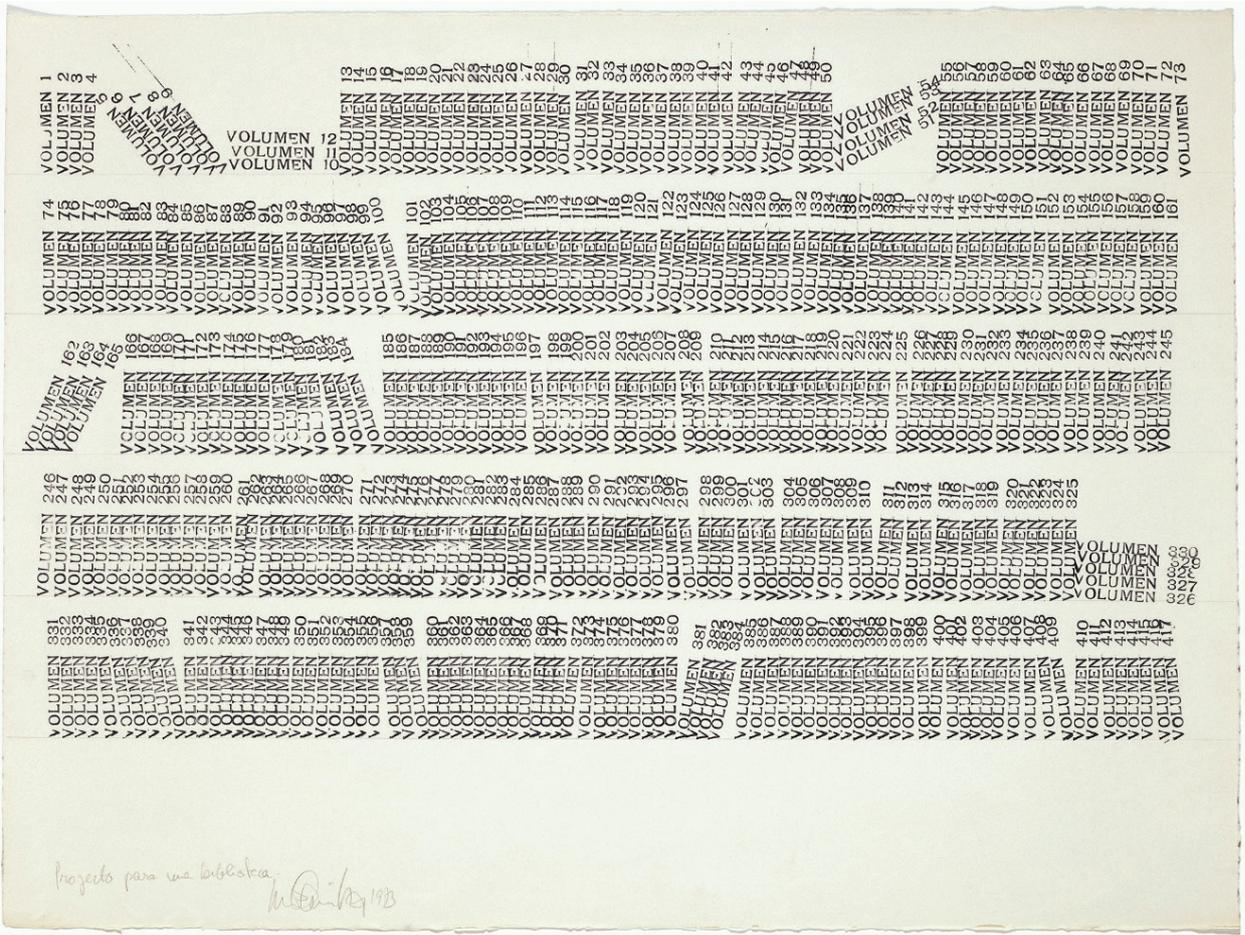
Se sigue igualmente que, en la conservación de las vidas humanas, entre decisivamente la más grande consideración por las existencias no-humanas. Solo la locura de creernos “como un imperio en un imperio” pudo hacernos olvidar que no somos suficientes, y que tenemos necesidad de los otros, o como mínimo organizar nuestra simbiosis con ellos; por consiguiente: vivir *inteligentemente* en su compañía.

Las formas nuevas de la agricultura entran en esta inteligencia.

La medicina, las prácticas del cuerpo, las atenciones de la simbiosis y la agricultura... son las instituciones de la salud humana.

3.

Por tanto, no hay salud posible en la intranquilidad material. La segunda prioridad lógi-



Luis Camnitzer. *Biblioteca*. 1968

ca es la que saca a los individuos *igualmente* de los apremios del porvenir, servidumbre mental que produce las servidumbres políticas. Ya nadie debería temer.

Si el trabajo social sólo puede hacerse dividido, se vuelve impensable que alguien tema no poder acceder a todo lo necesario. La sociedad salida de la prehistoria busca, por medio de la organización colectiva y en todas las escalas, la más grande estabilización posible de las condiciones de existencia material de los individuos. Nadie debe depender para su vida de un intermediario voluble, soberano y tirano, ya sea bajo la forma de "empleador" o la del "mercado". También le corresponde a la sociedad por entero garantizar incondicionalmente a cada uno el acceso a los medios socialmente determinados de tranquilidad material.

Para lograr tener este necesario como un mínimo, el máximo deberá quedar rigurosamente limitado.

El disfrute de la propiedad privada será de uso y usufructo. Su explotación para fines de valorización pertenece a la prehistoria. Y a ella pertenecerá como un fósil.

El desastre nos habrá enseñado que la jerarquía prehistórica de los importantes caminaba sobre la cabeza; los que pasaban por ser primeros no eran sino peso muerto, inútiles, o, mejor aún, frecuentemente dañinos; de hecho, la sociedad era mantenida por los que se consideraban como sus subalternos. La división del trabajo reorganizada con miras a la eliminación de sus pesadas cargas le permitirá a la sociedad identificar claramente a aque-

llos a los que ella les debe más, y los tratará en consecuencia.

4.

Los títulos de la salud y de la existencia material no son sino los prerequisites de la verdadera finalidad de la vida común: el desarrollo de las potencias creadoras de todos. El acceso ampliado y permanente al mayor número de saberes posibles para la mayoría de las personas, hace parte evidentemente de la sociedad del desarrollo humano. Cualquiera que cultive su espíritu tiende *ipso facto* a cultivar el de los otros. Así será útil a la sociedad y ella lo animará.

Si le vamos a dar a este acceso el nombre general de educación, digamos que todas sus formas serán desarrolladas a título de prioridades de la vida social: escolar, popular, asociativa, autónoma, etc. Incluyendo todos los dominios.

Los *mass-media*, instrumentos de servidumbre, de conformismo y embrutecimiento en la sociedad anterior, recibirán una atención particular. Serán estrictamente mantenidos en la misión inscrita en sus propios nombres: ofrecerle a cada uno la posibilidad de conocer la vida de todos los otros, y de la colectividad, y de las otras colectividades. Serán los encargados además de dar cuenta de todas las ideas y de todas las creaciones, por fuera de cualquier subordinación a ningún poder constituido.

Las educaciones, los *media*, los lugares de creación son las instituciones del desarrollo humano.

La prehistoria material había situado el sentido de la vida en el nivel del goce monetario; la historia humana lo pone en las posibilidades de la libre producción de las manos y del espíritu. Ella reemplaza el dinero por la obra, dándole a esta palabra la más grande extensión posible, sin que ella entrañe alguna condición ni de abstracción ni de posteridad, pero sin que tampoco la excluya.

La sociedad humana se juzgará ella misma por sus obras.

Coda

Estos principios no tienen otra fuerza que la de la tinta sobre el papel. Para que se vuelvan letra *viva*, es menester como dijo un explorador, que ellos “se apoderen” de las mayorías.

Claro que es necesario admitir pues, que es propio de la naturaleza de las declaraciones de principio, el que permanezcan mudas en cuanto a las condiciones de su realización. Sin embargo, tenemos una idea bastante clara de la fuerza que se requiere para apoyarla.

Las declaraciones de principios omiten por lo demás muchas cosas, y no dicen tampoco nada sobre los detalles. Es otra de sus debilidades. Pero esta tiene sus ventajas. Especialmente la de dejar... que se vaya haciendo camino al andar.

Solo nos falta decir que, querer ir a *otra parte*, aunque hoy sea una necesidad de salvaguardia, no es suficiente por sí mismo; no se va a ninguna parte sin haberse hecho por adelantado una idea del destino.

Frédéric Lordon es economista y filósofo. Es autor de obras como *El porqué de las crisis financieras y cómo evitarlas* (Libros de la Catarata, 2009); *Capitalismo, deseo y servidumbre. Marx et Spinoza* (Tinta Limón, 2016); *La chapuza, moneda europea y soberanía democrática* (Intervención Cultural, 2016); *Los afectos de la política* (Prensas de la Universidad, 2017) y *La sociedad de los afectos* (Adriana Hidalgo, 2019).

Texto tomado de *Le Monde diplomatique*, abril 7 de 2020 y traducido del francés por Luis Alfonso Paláu C.